

# Recuerdos de Helena y la retórica

Gerardo Ramírez-Vidal

El 5 de diciembre de 2013 falleció la maestra Helena Beristáin Díaz, investigadora emérita de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Nació el 15 de noviembre de 1927. Acababa de cumplir 86 años, luego de una larga vida dedicada a la educación. La noticia me llegó el mismo día 5, cuando me encontraba en Guadalajara para participar en la Feria Internacional del Libro y en un coloquio de lógica, retórica y teoría de la argumentación. Durante el coloquio se guardó un minuto de silencio tanto para Helena como para Nelson Mandela, quien falleció ese mismo día. No pude regresar a la Ciudad de México para acompañarla, pero recibió grandes muestras de cariño de personas que la querían y la estimaban.

Ella es la pedagoga por excelencia. Maestra de maestros. Sus clases, sus cursos, sus libros, sus afanes estuvieron orientados a la educación literaria y lingüística. Pero en su larga carrera académica muchos otros atributos la distinguen y la hacen digna de emulación, además de su pasión por educar: su empeño por el conocimiento de la lengua y la literatura españolas, su claridad metodológica en la comprensión de los textos, su ideal social como maestra, su actitud crítica no sólo ante la educación sino también ante la política (férrea opositora de la derecha)... Pero el tema que más la distinguía era la retórica, porque ella era su baluarte en México. Afirmaba insistentemente que para hablar, incluso para decir “pío”, son necesarias la gramática y la retórica. Sin ellas no es posible comunicarnos, expresarnos o entendernos los unos con los otros. La retórica y la gramática, unidas a la pedagogía, retratan a Helena Beristáin de cuerpo entero en sus últimos treinta años.

Helena se transportaba muy lejos en el tiempo y en el espacio: a los orígenes de nuestra propia cultura. A partir de allí recorría periodos y lugares para llegar al México de hoy; es decir, a las investigaciones sobre los fenómenos del lenguaje, en el Instituto de Investigaciones Filológicas; a la exposición de sus técnicas de análisis e interpretación, en los salones de clase; a la difusión de sus nuevas indagaciones, en congresos, coloquios y otras reuniones académicas; al estudio de los albures en el habla coloquial y en las canciones, con la gente de la calle...; a la retórica, siempre a la retórica, desde que se topó con ella a finales de los años setenta.

Llegó a la retórica a través de la literatura, o mejor, a través del análisis de los textos literarios. Se encontró primero con obras como *Retórica y poética. Literatura preceptiva* (1958), de Narciso Campillo y Correa, y *Arte de hablar en prosa y verso* (1877), de José Gómez Hermosilla, al igual que con otros trabajos de preceptiva retórica; pero, aunque amaba esos libros, no le eran suficientes. Después se topó con una nueva descripción que el grupo de Lieja expuso de la antigua clasificación de las figuras, *Rhétorique générale* (París, 1970); con la crítica a esa obra magistralmente elaborada por Gérard Genette, “La rhétorique restreinte” (1970); con la nueva presentación que Heinrich Lausberg hizo de la *Institución oratoria* de Quintiliano, *Manual de retórica literaria* (1966-1968); con la sistematización de la retórica aristotélica elaborada por Roland Barthes, *La retórica antigua* (1974), y con muchas publicaciones más que la impulsaron a abordar el fenómeno retórico. Entonces volvió sus ojos a los dos volúmenes de *Literatura latina y Edad Media Latina*, de Ernst Robert Curtius (1975); a *La antigua retórica*, de Alfonso Reyes (1955), y a los antiguos tratados de retórica griegos y romanos. A principios de los años noventa sus contactos personales se ampliaron a estudiosos de la retórica, entre ellos, colegas suyos del entonces Seminario de Poética —Luisa Puig, por ejemplo—, de otros centros de la UNAM —como Paola Vianello y Mauricio Beuchot— y del extranjero. De estos últimos, cabe destacar a Tomás

Albaladejo Mayordomo, de la Universidad Autónoma de Madrid, y a Antonio López Eire, de la Universidad de Salamanca, expertos en retórica que habían contribuido con sus conocimientos al desarrollo de esta disciplina en nuestro país. Todo ello gracias, en buena medida, a los proyectos de retórica que la maestra empezó a coordinar en 1995, el primero de los cuales se denominó “Bitácora de retórica”, nombre que se dio también a una colección que hoy cuenta con 31 volúmenes.

Su amplia relación con la retórica se había enriquecido gracias al contacto con otras disciplinas: la literatura, el análisis estructural, la lingüística, la semiótica, la pragmática y la argumentación. El proceso interdisciplinario fue lento, pero cada



Altar (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Estefanía Velázquez.

vez más productivo, a pesar de los problemas de salud que la aquejaban y que minaban sus fuerzas, aunque no su capacidad de pensar y de trabajar. La *guía para la lectura comentada de textos literarios* (publicada por la autora en 1977), breve, clara y sistemática, donde recoge las aportaciones del Grupo  $\mu$ , constituye su primera presentación teórica del fenómeno retórico en el campo de las figuras literarias. Después escribió otros libros estrechamente vinculados a la retórica, entre ellos su obra más conocida, el *Diccionario de retórica y poética*, cuya primera edición es de 1985, a la que siguieron varias reediciones y la octava edición corregida y aumentada, de 1997. Durante los últimos años se había dedicado a elaborar el *Diccionario de corrientes literarias: ideas de textos artísticos a través de los siglos*, una proeza que no llegó a terminar, aunque lo dejó muy avanzado.

Decir que Helena Beristáin se distingue por ser la mayor exponente en México en el campo de los estudios retóricos es decir poco. Por lo menos deberían conocerse los principios que sostenían la orientación de sus trabajos en este ámbito, para entender por qué la retórica la distingue a ella de entre los demás. Por las diversas influencias que recibió, su actitud respecto a esa práctica y disciplina resulta singular, pues no se apega a los cánones estrictos de la retórica clásica. Aquí me referiré brevemente a dos principios de su concepción retórica.

En primer lugar, como ya se ha dicho antes, consideraba que la retórica se encuentra en el lenguaje, que sin la retórica no podemos hablar. En ello estaría de acuerdo con Friedrich Nietzsche, quien también sostenía que el lenguaje es retórica y que cuando hablamos no transmitimos verdades, sino opiniones y nuestras expresiones no son otra cosa que figuras. De tal manera, el lenguaje está impregnado de retoricidad, pero, además, esa retoricidad no es como las piedras en los frijoles que hay que quitar, sino aquello que le da vida a la palabra y que la hace funcional. Debido a ese componente del lenguaje humano, Helena no entendía y le parecía muy absurdo que los políticos, los periodistas o los comunicólogos pronunciaran expresiones como “es pura retórica” para aludir a palabras sin sustento.

En segundo lugar, tal vez por influencia de la semiótica, la maestra consideraba que no sólo el lenguaje es retórico, sino también los demás lenguajes no verbales, como la pintura, la música y el cine. Así, el campo de la retórica se expande más allá del discurso oral y escrito. Defendía lo que ella llamaba ‘panretórica’, frente a la concepción tradicional del antiguo arte de la palabra, aunque no la rechazaba. Hace una década aproximadamente, la doctora Beristáin se encontró con Paola Vianello en un cubículo del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Tuvieron un intercambio dialéctico sobre problemas de retórica, pero Vianello no entendía bien las afirmaciones de Helena y le preguntaba a ésta, un poco azorada, qué entendía ella por retórica, y ésta le respondía que la retórica lo era todo. Para Paola Vianello esto no era claro, pues ella era filóloga



*Altar* (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Estefanía Velázquez.

clásica, experta en los oradores áticos y en la *Retórica* de Aristóteles, y sabía mejor que nadie en México lo que era la retórica para los antiguos, y ésta era una disciplina, un arte o una ciencia del discurso político y literario, pero no más. Beristáin, en cambio, defendía el campo ancho y abierto de esa disciplina, lo que a Vianello le parecía exagerado. No hubo entendimiento posible. Hablaban de cosas diferentes, en el ámbito variopinto de la retórica.

Quien de algún modo representaba la síntesis de ambas posturas era Antonio López Eire, profesor de griego de la Universidad de Salamanca, que había impartido cursos y dictado conferencias en la UNAM, además de publicar libros y artículos en las prensas universitarias (como su *Esencia y objeto de la retórica*, 1996). Antonio iba más allá de Aristóteles al poner como punto de partida del arte del discurso las nociones del *logos* expuestas por Gorgias en su *Encomio de Helena*, además de recoger los importantes aportes de la Pragmática y de la Retórica General Textual de Antonio García Berrio, de las teorías de la comunicación, del análisis textual, del estructuralismo, de la teoría de la argumentación o de la dialéctica, entre otras. López Eire veía la tradición retórica como un coctel compuesto por las diversas aportaciones a lo largo de los siglos. La parte más sustanciosa provenía de los griegos y latinos, pero luego se encontraban suculentas porciones aportadas por otras disciplinas modernas. En ese coctel deberían encontrarse las porciones de las retóricas no verbales, del lenguaje cotidiano, del albur, del chiste y las técnicas para su análisis e interpretación.

Hoy, esos tres maestros de la palabra ya no están entre nosotros. Paola Vianello falleció en enero de 2007; luego le siguió Antonio López Eire, en septiembre de 2008; en diciembre de 2013 le tocó partir a Helena Beristáin Díaz. Fueron los mayores maestros de la retórica en la UNAM. Su partida representa la mayor pérdida de los estudios retóricos en nuestro país. LC

GERARDO RAMÍREZ-VIDAL. Licenciado y maestro en Letras Clásicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Letras por la misma facultad, con la tesis elaborada en el Istituto di Filosofia della Facoltà di Magistero dell'Università degli Studi di Perugia, Italia (1997). Actualmente es investigador de tiempo completo en el Centro de Estudios Clásicos en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, donde coordina el Seminario de Cultura Griega Paola Vianello. Fundó la Sección Mexicana de la ISHR (Sociedad Internacional para la Historia de la Retórica) de la que fue el primer presidente (2007-2009).